

Los mequetrefes de turno

MEUQUETREFE es el hombre entremetido, bullicioso y de poco provecho, según definición del diccionario de la Real Academia Española. En política no importa de qué signo; el mequetrefe, con sus infusas de adhesión inquebrantable a los principios que sean, pues hay mequetrefes para todos los principios, es un factor de perturbación, vocinglero y petulante, cuya actividad se excita en los periodos de cambio o transición. Uno de los delirios de los mequetrefes en estos periodos es el de sustituir los nombres de las calles, y en el caso catalán, de poner estos rótulos en catalán, si estaban en castellano (o el ponerlos en castellano, a partir de 1939, si estaban en catalán). En cualquier caso, antes y ahora, con absoluta falta de respeto al vecindario. En su accidentada alcaldía, que le costaría la vida a su esposa y a él, don Joaquín Viola empezó a corregir los efectos de mequetrefes del 1939, devolviendo a calles típicas de Barcelona sus típicos nombres, en catalán, naturalmente, que estaban por encima de las vicisitudes políticas. Nombres que habían seguido siendo respetados en el uso normal ciudadano. Nombres de calles más bien pequeñas, como son las del casco antiguo.

LOS mequetrefes de turno se han lanzado por su cuenta a intentar el cambio de nombres de calles y plazas, incluso sin respetar nombres antiguos que habían persistido, como es el de plaza de San Bernat Calvó, o Sant Bernat Calvó, figura importante de la historia de Cataluña, al cual han pretendido cambiar con un acto aparatoso con sus ribetes demagógicos, por no decir histéricos, por el de plaza de la Libertat d'Expressió. La cosa ha sido tanto más ridícula e inoperante cuanto que de mucho tiempo atrás Barcelona cuenta no sólo con una plaza, sino también con una calle de la Libertat, cuyo nombre fue respetado por el anterior régimen. "La Vanguardia" dedicó un editorial severo a semejante desmán, pero como los mequetrefes son inasequibles al desaliento, pocas semanas después otro grupo de éstos se puso a tapar las placas de la avenida de José Antonio por rótulos con el antiguo nombre, éste sí, de carrer de Les Corts Catalanas. El acto es igualmente nulo y gratuito, tanto más que cuando llegue el momento de considerar el cambio, el Ayuntamiento, que es quien puede hacerlo tendrá que tentarse la "butxaca", es decir, el bolsillo, porque la Gran Via, que es una denominación que fue usual, aunque no oficial, tiene siete kilómetros de longitud

y su numeración sobrepasa el 1.200. Calcúlese no sólo el coste de las placas y su colocación, sino que se obliga al vecindario de tan populosa calle a un cambio en toda su documentación personal y comercial, dado que es una calle con multitud de establecimientos de toda índole. Otro tanto puede decirse de la avenida del Generalísimo Franco, ex avenida de la República, ex avenida de Alfonso XIII, conocida, por su posición en el plano de la ciudad, por la Diagonal, que es como todo el mundo barcelonés ha venido designándola, sin importar el régimen imperante. Y así, aunque no de tan grandes dimensiones, hasta quinientas calles, que son las que fueron cambiadas de nombre a partir de 1939, con notable impertinencia digna de los más esforzados mequetrefes. Y si sobre esto se añade lo de la catalanización, pues véase en qué compromiso va a encontrarse el primer Ayuntamiento salido de las urnas, que será hostigado por los mequetrefes para que demuestre con el cambio del callejero su espíritu democrático y catalanista.

LA Vanguardia" volvió a hacer frente a estos delirios, y aun cuando el Ayuntamiento oficialmente guarda silencio, su jefe de prensa, don Jaume Castell, ha publicado un artículo en este periódico, en el que se recuerdan las normas preceptivas para el cambio de nomenclatura de las calles, y que esta operación, a 1.300 pesetas por placa, costaría al Ayuntamiento centenares de millones de pesetas. De modo que, apartados los intereses particulares y mercantiles implicados, es operación para muy pensada y realizada metódicamente.

EL Ayuntamiento está tratando también de ver si llega a un acuerdo con partidos políticos y organizaciones sindicales para poner fin a la voraz proliferación de carteles, que han convertido las fachadas de incluso nobles edificios, como el de la Universidad, en papeleras repletas de suciedad, a lo que contribuyen las pintadas, cuyo paroxismo se da en los corredores del Metro. Una de las últimas pintadas, estaciones de la plaza de Cataluña, invita a los "charnegos" (término peyorativo para los no catalanes) a volverse a sus tierras de origen, así como a la Policía, igualmente calificada de "charnega". Los mequetrefes parecen ignorar que la mitad de la población de Cataluña tendría que abandonar ésta si siguiera tan insensata e irresponsable conminación.

Manuel VIGIL
Y VAZQUEZ